



# **HACIA LA SUPERACION DEL LENINISMO**

## **CRITICA REVOLUCIONARIA Nº 1**

**EDITA : FRENTE  
SINDICALISTA  
REVOLUCIONARIO  
BARCELONA**



Biblioteca de Educació  
i Hemeroteca General  
CEDOC



## PROLOGO

El trabajo que presentamos al iniciar la publicación de los presentes cuadernos es un trabajo fundamentalmente polémico, tanto por su contenido como por su intención.

Publicar en 1.973 un opúsculo en detrimento del leninismo y hacerlo desde la izquierda es, de por sí, una osadía, pero si esta osadía se comete con varios agravantes, como puedan ser el hacerlo en España y el de no renunciar a las bases proporcionadas por el marxismo para el enfoque de esta temática, la osadía pasa a convertirse en una irreverencia.

De todos modos, el atrevimiento ya no admite la marcha atrás, y si las discusiones a que dió lugar el presente estudio en el seno del Comité de Redacción se extendieran a los sectores a que va dirigida la publicación habríamos cubierto sobradamente nuestros objetivos.

Se impone, ante todo, situar el marco contextual en que debe ser entendida la presente aportación.

La raíz del problema debe buscarse en la concepción misma del socialismo por el que combate el Movimiento Obrero. Socialismo que, para Lenin, no nacerá de lo que el denomina con sorna "bondad humana", sino que será el resultado de la combinación de la "democracia soviética" y de la "eficacia productiva". Socialismo que, para sus atacantes izquierdistas, será fruto de la experiencia histórica acumulada por una clase obrera entregada a una lucha que coordinará el partido revolucionaria y no dirigida por él.

Un gran peligro para la primera postura: el economicismo, precipicio por el que, al caer, quedaron inutilizados para la lucha revolucionaria los partidos comunistas ortodoxos, uno tras otro. La reducción mecánica a unas fases más o menos preestablecidas no solo es antidialéctica, es incluso antimarxista. No puede hablarse del capitalismo de Estado como etapa imposible de esquivar si no queremos ponernos a la altura de un ROSTOW con su esquema estrecho y rígido del desarrollo económico.

La gran lacra que acompaña -parece que inevitablemente- a la segunda posición es el voluntarismo, que aparenta querer saltar por encima del grado de desarrollo de las fuerzas productivas con la misma alegría caprichosa con que se salta en un campo de abedules.

De la primera concepción nace una teoría del partido que encaja a la perfección: fría, objetivista (en el sentido peyorativo que Sartre dió al término) pero no objetiva, calcada del modelo ofrecido por el espectáculo aterrador de la Fábrica capitalista, cuyo rasgo fundamental es la jerarquización, que data de la época de la manufactura.

Está comprendida aquí una visión protagonística de los intelectuales y de la élite dirigente, que lleva implícito el fenómeno de la burocratización y de la creación de la nueva clase (DJILAS).

edita FSR

6



Cierto es que resulta escalofriante la frivolidad con que los autores despachan temas como la burocratización, refiriéndolos a conceptos teóricos malformados o sin fundamentos, cuando no ajenos a la teoría del materialismo histórico.

Grave es también el regusto amargo que rezuma la ironía presente a lo largo de todo el escrito.

Pero no menos escalofriantes y graves son afirmaciones leninistas como la que sigue:

"El socialismo es imposible de instaurar sin meterse en la escuela de las organizaciones de los TRUSTS (...) ya que el socialismo no es una invención, sino la asimilación por parte de la vanguardia proletaria que ha conquistado el poder, la asimilación y aplicación de lo que ha sido creado por los TRUSTS."

Es contra este imperativo de la eficacia, sobre todo y ante todo, que hay que combatir. Los ataques desaforados y furiosos que adquieren a veces tonos panfletarios son comprensibles y disculpables, aunque conviene no conferirles rango de argumento teórico.

La cuestión central será, sin duda, ésta: ¿Exige el grado de desarrollo de las fuerzas productivas un tipo de administración centralizado, según el modelo del centralismo democrático leninista?, o, formada de otra manera, ¿ha hecho el grado de desarrollo de las fuerzas productivas inviable la idea de la autogestión obrera?

Desde aquí pretendemos, en todo momento, resolver estas cuestiones en sentido negativo, porque consideramos que la necesidad de planificación no imposibilita la existencia de una democracia obrera a todos los niveles y en todas las esferas, y porque sostenemos que las luchas mantenidas heroicamente por una clase obrera expoliada sistemáticamente conducirán a un sistema socialista democrático y autogestionario (sindicalismo revolucionario) o se hundirán una vez más en el montón de los yerros históricos.

Porque entendemos, en suma que la supremacía de la clase trabajadora no se expresa "a través de la abolición de la propiedad privada de los medios de producción solamente", sino también en la forma en que sean administradas y dirigidas las empresas económicas y las entidades políticas.

Es en esta perspectiva donde el artículo debe ser entendido: como una lanza rota en favor de la democracia de gestión, en favor de la autogestión, en contra de la formación de capas dirigentes, en contra del protagonismo del Partido, en contra del olvido de las masas o de su manipulación y en contra de la concepción del Partido y del socialismo que hace posibles todas estas aberraciones: el leninismo.



# HACIA LA SUPERACION DEL LENINISMO

"Lo que está en tela de juicio no es la línea de tal o cual partido comunista sino la teoría leninista del Partido".

(ANDRÉ GORE: "Stratégie ouvrière et néocapitalisme")

## I- LA FABRICA

Lo que más llama la atención en la lectura de Lenin es que utiliza invariablemente el lenguaje de un profesional de la revolución.

En él la revolución se ha planteado de una vez por todas como fin. Tanto ella como su esencia están fuera de discusión. La pregunta central leninista "¿Qué hacer?" se refiere únicamente a los medios, pero no al contenido o al sentido de la acción.

De este modo, la eficacia es el criterio que debe presidir la acción. Se trata fundamentalmente de crear una organización, o sea de reunir los medios que la compongan e impulsen y dotarla de la máxima eficacia.

Pero no una organización que pueda prefigurar lo que será la vida colectiva en la sociedad futura liberada sino para derribar el poder existente empleando con mayor perfección que él sus reglas y métodos.

Esta lógica de la acción en que se sumerge Lenin es doblemente capitalista. Es, por una parte, el capitalismo quien ha concebido la acción según este modelo de racionalidad - esquema lógico - (distribución de los medios que permite obtener el máximo resultado) y la aplica sistemáticamente. De otra, Lenin no se preocupa jamás en determinar un nuevo tipo de "praxis" diferente del establecido. Todo lo contrario.

Para ilustrar lo que acabamos de decir no es preciso sino acudir a Lenin mismo. En "UN PASO ADELANTE, DOS ATRAS" afirma:

"Así el mismo 'Práctico' de la nueva ISKRA, con la profundidad de espíritu que le reconocemos, nos acusa de concebir el partido como una inmensa fábrica con un director a su cabeza: el Comité Central. El 'Práctico' no sospecha siquiera que la palabra terrible que lanza traiciona de golpe la mentalidad del intelectual burgués que no conoce ni la práctica ni la teoría de la organización proletaria.

Esta fábrica, que para algunos parece ser un espantabobos y no otra cosa, es la forma superior de la cooperación capitalista que ha agrupado y disciplinado al proletariado, le ha enseñado la organización y le ha puesto al frente de las demás categorías de la población trabajadora y explotada.



Es el marxismo, ideología del proletariado educado por el capitalismo, quien enseña a los intelectuales inconstantes la diferencia entre la dimensión explotadora de la fábrica (disciplina basada sobre el temor a "morirse de hambre") y su dimensión organizativa (disciplina basada sobre el trabajo en común resultante de una técnica altamente desarrollada).

La disciplina y la organización, que tan difíciles de adquirir son para el intelectual burgués, son así asimiladas con facilidad por el proletariado gracias a su "aprendizaje" en la fábrica. El temor terrorífico a esta escuela, la incomprensión absoluta de su importancia como elemento organizativo, caracterizan a la perfección los esquemas de pensamiento que reflejan las condiciones de vida pequeño-burguesas y engendra este aspecto del anarquismo de "señor-bien", el anarquismo de "gran señor"... Este anarquismo de "gran señor" es propio del nihilista ruso. La organización de partido se le antoja una monstruosa fábrica; la sumisión de la parte al todo y de la minoría a la mayoría se le antoja una "servidumbre"; la división del trabajo bajo la dirección de un organismo central le arranca chillidos trágicos contra la transformación de los hombres en "engranajes y resortes"...

No es necesario decir que nosotros adoptamos más o menos la posición que Lenin critica aquí, pero fortalecidos por los argumentos que nos dan setenta años de leninismo.

Más vale, de todos modos, un anarquismo de "grandes señores" que un bolchevismo de "gran patrono".

Tal como acabamos de ver, Lenin no solo acepta como válida, sino que reivindica la estructura de la empresa capitalista. Lo que ha hecho ha sido crear la "contra-organización capitalista": siendo el objetivo de la empresa capitalista producir la revolución, revolución que, según se supone, ha de traer la abolición de la explotación capitalista.

Siguiendo las reglas del sistema, los hombres son empleados para generar este producto contrario al sistema. Pero, de hecho, subordinado a tales condiciones/reglas del sistema la revolución no debe cambiar nada de fundamental.

La organización revolucionaria no tiene en modo alguno para Lenin por función la de prefigurar la vida social liberada: por el contrario, según él, debe copiar el modelo de organización capitalista de la colectividad, justamente para destruirla y acceder a un nuevo tipo de colectividad basada en reglas diferentes y en condiciones opuestas a las características del capitalismo.

Lo cierto es que la organización leninista prefigura a la perfección la sociedad que debe suceder a la revolución. Hemos tenido ocasión de verlo. El patrón burgués ha sido reemplazado simplemente por un director sometido a su vez a la jerarquía del partido: todo lo que de "excelente" hay en la organización capitalista (la jerarquía manufacturera) ha podido dar sus frutos mejores sin las molestias de la propiedad privada.



Lenin, pues, no se plantea esta cuestión de la prefiguración del fin en los medios empleados para obtenerlo, que había previsto con claridad Rosa Luxemburg e incluso Trotsky, que ha elaborado este punto pero en forma abstracta (moral) en "Su moral y la nuestra". 3

Lenin considera la organización de forma exclusivamente técnica, como si los aspectos técnicos del partido pudieran ser separados de los morales o, simplemente, políticos. Las reglas que establece son universales: conviene pues respetarlas. La organización capitalista del trabajo no es, según él, el capitalista, es organización; y como evidentemente la organización es indispensable si implica, llevada al límite, que los hombres sean tratados como objetos hay que pasar por encima. "La revolución está más allá de todas estas piqueteos". El leninismo comporta esta separación escolástica, mítica o ilusoria entre un "más aquí" y un "más allá" entre la necesidad y la moral.

El partido, una vez tomado el poder, no hace sino aplicar a la sociedad entera su estructura interna, su funcionamiento, su moral.

Hay, sin duda, un aspecto positivo en el capitalismo, que Lenin nos ayuda a descubrir y que debemos desarrollar. Para Lenin se trata de "recoger" al proletariado TAL COMO LO HA HECHO EL CAPITALISMO, tal como lo es entregado históricamente para cumplir, de alguna manera, una tarea diferente. Ha sido bien "educado", bien dirigido. Ello quiere decir que la personalidad de base creada por el capitalismo es aquella sobre la que el socialismo debe apoyarse.

La construcción leninista del socialismo presupone de este modo la sumisión a la autoridad más profunda, la represión de la imaginación personal, la represión de las posibilidades de libertad, de autonomía, de creación, de organización, de autoorganización, precisamente.

De este modo no es extraño observar como los partidos oficiales leninistas se aplican a la tarea de apuntalar las instituciones burguesas de modo desesperado. Sólo esto explica la política reaccionaria que han desarrollado todos estos partidos en el poder o no en el plano pedagógico, sexual, psicológico.....

La matriz del engaño, el origen de la maniobra está en la distinción arbitraria entre dimensión explotadora y dimensión organizativa. De esta manera, y vistas así las cosas, ocurre que si la empresa capitalista es condenable es porque ha presionado a integrarse en su extraordinaria organización mediante un chantaje y no por su solo y poderoso atractivo.

Naturalmente, todo cambia con el advenimiento de la sociedad socialista y aún antes en el seno del Partido Comunista. Aquí los proletarios obrarían en contra de sus intereses al protestar pues no son explotados, no son utilizados sino que son únicamente organizados y, puesto que si permanecen reducidos al estado de instrumentos pasivos de una producción que se les escapa en su contenido y en su finalidad, todo ello funciona en su provecho gracias a los desvelos del Partido y de su cabeza visible: el Comité Central.

Lenin, que invocó las exigencias de la "técnica altamente desarrollada", presenta la técnica como una fuerza impersonal e imperiosa del mismo modo que el marxismo leninista lo hace con la materia y el marxismo vulgar lo hace con la economía.

Todo el poder, pues, a los técnicos - cabría decir - que conocen los secretos de la técnica y saben utilizarla obedeciéndola y que, de pronto, utilizan al proletariado, sin obedecerle precisamente. El político leninista no es nada más que el ingeniero de la revolución y de la felicidad popular: el tecnócrata/burócrata.



4 El principio del poder burocrático, su astucia, contiene precisamente en esta distinción este ocultamiento. Consiste en proyectar su poder absoluto sobre una trascendencia exterior, inhumana, i prescriptible, un Dios objetivo: la materia, la historia, la técnica, las fuerzas productivas.... Mediando entre dicho Dios y los hombres que se encuentran "legítimamente oprimidos" por el Partido y por su Jefe. la labor de éstos, Jefe y Partido, que, con la ayuda de los humanos, negocia el interés de todos con las grandes fuerzas de la Naturaleza y del Universo.

La técnica altamente desarrollada, viene a decir Lenin, implica una disciplina saludable para el obrero que le prepara perfectamente para su papel de militante. Así si debe reducirse a un mecanismo impersonal, cumplir, en función de la división social del trabajo, realizando casi automáticamente una operación parcelaria y sin significación en función de la división técnica general del trabajo en la que no participa en absoluto y debe hacerlo bajo la mirada del "responsable del Partido", ya estaba preparado de antemano, pues eso era su cometido en la fábrica bajo el ojo atento del capataz.

Más ni menos esto es la esencia progresista del taylorismo de la que nos hablan con entusiasmo Lenin y Trotsky.

Podemos imaginar qué tomadura de pelo sería el "soviet", incluso en el caso de que funcionara verdaderamente y los obreros participaran realmente: no cabría pronunciarse sobre la política correcta según su opinión dictada por su experiencia cotidiana de trabajadores y que será llamada rimbombantemente "técnica".

Podemos imaginar qué alcance real tiene la consigna de control obrero que los partidos leninistas oponen a la de autogestión revolucionaria.

Podemos imaginar, en suma, qué ironía contiene la denominación misma de "democracia popular" propia del genio del mismísimo Goebbels.

Los trabajadores no podrán tomar decisiones más que a partir de los principios del poder establecido y en su interés, para "mejorar técnicamente" y racionalizar su funcionamiento.

¿Qué diferencia habrá entre esta democracia popular y la española - orgánica - si en ambas los trabajadores pueden presentar democráticas sugerencias sobre la marcha de los aspectos técnicos en sus lugares de trabajo y pueden incluso proponer iniciativas para la mejora de la conducción del agua o del papel de los sellos?

Pero volvamos al taylorismo que causaba admiración a Lenin y a los stalinistas en ciernes.

El propio capitalismo comprendió finalmente que un poco más de reconocimiento de la naturaleza humana del trabajador, una llamada a su participación efectiva y un cierto relajamiento neocapitalista de la disciplina despótica anterior de la fábrica no podían tener más que consecuencias beneficiosas para la producción y la rentabilidad mismas.

La crítica moderna al capitalismo no puede hacer justicia a esta idea de técnica objetiva y neutra. Debe mostrar lo que ella recubre, todo lo que esconde, denunciando al mismo tiempo la argucia del poder burocrático-sacerdotal inventado por Lenin.

Esta técnica es, en sí, la misma del capitalismo, estrechamente dependiente de su praxis, de su técnica de dominación de los hombres... de su política.

André Gorz, en un artículo dedicado al despotismo de fábrica, muestra los ligámenes de éste con el capitalismo entendido como modo de producción. La técnica de producción y la organización del trabajo que exige dentro de ciertas relaciones sociales de producción tienen como fina-



lidad el maximizar la productividad del trabajo, imponiendo al obrero el rendimiento máximo: 5

"El proceso de producción debe ser organizado de forma que la sujeción al rendimiento máximo sea percibida por el obrero como una exigencia de la misma máquina, como un imperativo nacido de la materia, tanto más inexorable e incontestable cuanto que parece confundirse con las leyes del funcionamiento de una máquina compleja: leyes aparentemente neutras que escapan a toda respuesta y a toda iniciativa humana".

La técnica que, así colocada, reduce al trabajador a la categoría de simple objeto, debe aparecersele como la única solución posible a los problemas técnicos de la producción. Hoy parece ya evidente que el rendimiento sería igualado o incluso superado si los obreros decidiesen la concepción de su trabajo. Esto no es precisamente una cuestión técnica.

"La razón profunda de este sometimiento no es la eficacia superior del trabajo impuesto (del trabajo forzado) sobre el trabajo que comporta un cierto compromiso voluntario. La raíz del trabajo obligado y su necesidad desde el punto de vista del capital deben ser buscadas más bien en las relaciones sociales de producción, o sea en el hecho de que los fines del capital son extraños a los obreros y deben continuar siéndole extraños.

La tecnología capitalista y la división capitalista del trabajo no se han desarrollado solo en razón de su eficacia productiva tomada por sí misma, sino en razón de su eficacia tomada en el contexto del trabajo obligado, forzado, que caracteriza al tipo de trabajo en el seno de unas relaciones sociales de explotación.

Para someter a los trabajadores a una voluntad enigmática era necesario que perdiesen no solo la propiedad de los medios de producción sino también, y en la medida de lo posible, el control sobre el funcionamiento de estos medios: es decir el poder - hecho de habilidad, de destreza, de conocimientos profesionales - de asegurar el funcionamiento de las máquinas por sí mismas, sin la ayuda de unos cuadros jerárquicos compuestos de ingenieros, técnicos, profesionales del mantenimiento, preparadores, etc., etc...., gentes todas sin las cuales la fábrica podría funcionar, pero cuya función política es la de perpetuar la dependencia de los obreros, su subordinación, su separación de los medios y del proceso de producción(1). La función de la jerarquía de fábrica es, en último análisis, la de sustraer las condiciones y las modalidades de la puesta en marcha de las máquinas al control obrero, haciendo de la función de control una función separada. Solamente de esta manera los medios y los procesos de producción pueden erigirse en potencia extraña, autonomizada, misteriosa, que exige a los obreros su sumisión"

( ANDRÉ GORZ )



6 Así, la crítica moderna al despotismo de fábrica, que aparece a la vez como CONSECUENCIA y FUNDAMENTO del poder capitalista, extraña de carambola la crítica del leninismo. El mismo había en cierto modo abierto esta posibilidad alabando los méritos educativos de la fábrica. Si esta, en opinión de los capitalistas, se revela incapaz de permitir verdaderamente la maximización de la producción y además está ligada antes que nada, incluso en su organización, a las exigencias políticas del capital, Lenin sufre el golpe duramente. Esta crítica es particularmente eficaz en cuanto que no nos lleva - como la de los mencheviques socialdemócratas - al campo de las concepciones aparentes del leninismo. Las críticas efectuadas desde ese punto de vista contra el leninismo y después contra el estalinismo han sido tan numerosas como inoperantes.

El aparato les ha respondido siempre con desdén, desde lo alto de su eficacia, sin estimar útil evaluar ésta ni, sobre todo, conocer su verdadera función y razón de ser. Y, ello, siempre como si hubiera tenido por finalidad, tal como sus críticos, la verdadera revolución liberadora. ¡Y todos sus críticos tuvieron la candidez de creer en la honestidad del leninismo!

Lenin hizo elogio abiertamente de la técnica capitalista del poder: le causa admiración, justamente porque anda el poder en las cosas, la materia, el objetivo puro. Este núcleo positivo parecía ser reincorporado... y así lo hizo. Pero ¡he aquí que la disciplina de la fábrica en lugar de ser alguna forma superior de evolución es la infraestructura del poder capitalista y también del poder burocrático! Pero la superioridad del sistema burocrático se basa en esta razón fundamental: la fábrica está comprendida en un aparato institucional. Está subordinada a la gran Empresa: el Partido.

He aquí lo que dota de fuerza al socialismo: la producción es de una vez por todas encuadrada en la institución y esta misma es concebida según el modelo de la organización productivo-capitalista y por el mismo método la praxis, la acción que tiene lugar de hombre a hombre, es decir esencialmente la política, se disfraza de "poiesis", de acción productiva sobre la naturaleza, sobre la materia.

Este sistema leninista tiene aquello de lo que carecía el capitalismo: coherencia ideológica interna. En efecto, los trabajadores, tanto en la empresa como en el Partido, no son requeridos a plegarse a otra voluntad ajena sino a la "suya". La producción no tendrá una finalidad que les sea ajena: la acumulación de capital.

Por el contrario tiene por finalidad la realización de su "sueño": la construcción del socialismo. El bolchevismo obtiene así el compromiso voluntario que no pesa el capital. Ha sido suficiente mistificar la voluntad, o el deseo, operación tradicional y específica de la institución capitalista. El leninismo aporta un suplemento al capitalismo, un perfeccionamiento. Redobra la explotación capitalista, o sea la explotación en la producción, gracias a la explotación/manipulación ideológica institucionalizada.

Leído detenidamente, el texto de Gorz lanza una luz esclarecedora sobre el leninismo que, como hemos visto, ha admitido por adelantado el sistema de organización capitalista despótico en las fábricas. Gorz muestra como la organización capitalista del trabajo se explica por la necesidad de disciplinar a los obreros, obligados a realizar por su propio trabajo fines exteriores a ellos, que no tienen más remedio que serlos exteriores, por ser los de la clase que los omite y explota.

¿Qué significado tiene esta misma organización trasplantada al Partido? ¿La emancipación de los trabajadores por los mismos trabajadores? ¿Gracias a qué sortilegio? ¡NO! Aquí y allí la misma estructura implica y supone, necesariamente, la misma desposesión.



En tales condiciones, los militantes obran por algo que los resulta 7  
extraño, en la medida en que producen para que el producto vuelva a los  
dirigentes (el poder del aparato burocrático surgido de ciertas revolu-  
ciones).

El leninismo ha confiscado la revolución a los proletarios y ha he-  
cho de ella la propiedad de un aparato y luego de una clase, y esta re-  
volución desvirtuada la ha hecho reconocer a los proletarios como suya,  
como si fuera la expresión de su propio deseo, de su propia voluntad.

Aquí es donde la alienación alcanza un punto insuperable: los tra-  
bajadores son obligados a reconocer como suyo (la revolución) lo que  
les es extraño (la producción en provecho de la burocracia, la consti-  
tución del poder de la clase que los explota). Y lo que era su única  
prerrogativa, la única que poseían en la sociedad capitalista, les  
ha sido expropiada.

El leninismo ha realizado una expropiación que rapito y completa  
la del capital. Ha separado a los proletarios de lo único que les que-  
daba: los medios de producir la historia, bajo el pretexto de dotarlos  
de un aparato perfeccionado para poder realizar mucho mejor esta tarea  
de lo que lo harían sus acciones espontáneas, balanceantes entre el eco-  
nomicismo y el trade-unionismo.

La técnica organizativa del leninismo no es eficaz más que en el con-  
texto de la revolución expropiada. Y el encuadramiento jerárquico con  
funciones políticas y ya no solo técnicas, que Gorz nos muestra en la  
empresa capitalista, volvemos a encontrarlo de inmediato en el Partido:  
son sus cuadros, sus grandes dirigentes, sus dirigentes subalternos,  
los secretarios de federación o de célula, los "bonzos sindicales" y  
los ideólogos oficiales.

En una palabra: los revolucionarios profesionales cuyo cometido es  
justamente sustraer la revolución a los proletarios, haciéndoles apa-  
recer la política como algo exterior, trascendente, que exige su cien-  
cia y su habilidad, lo que no es totalmente cierto.

La división del trabajo, nos hace ver Gorz, permite al capitalismo  
perseguir con propios fines fuera del control inoportuno de los traba-  
jadores. En otros términos, permite al poder disponer en exclusiva de  
la totalidad social.

El Poder, así entendido, supone que la totalidad sea separada de  
sí misma, es decir de la realidad, para ser proyectada hacia una ins-  
tancia exterior a ella. Así el capitalismo atomiza a los proletarios,  
los aísla, les impide comunicarse entre sí. La mejor imagen de este he-  
cho la proporciona la costumbre en países "avanzados" de yuxtaponer en  
una cadena a obreros de diferentes nacionalidades (lenguas): un alemán,  
un yugoslavo, un italiano, un español. Tras ello hace estallar al obrero  
en miles de gestos estereotipados, exteriores a su personalidad y  
sin conexión interna. El poder capitalista, la dirección, tiene la se-  
guridad de ser el único poder en la medida en que es el único centro  
que reconstituye el todo del proceso en su propia esfera. No en la rea-  
lidad - ya que el proceso en la realidad es la combinación de todos los  
trabajadores (agentes) con sus medios de producción - sino en su esfe-  
ra: en una cierta representación que de la realidad se hace. El mapa  
imperará sobre el territorio que representa. El mundo del proletario, o  
mejor, el mundo que puede percibir, es el del tornillo que debe apre-  
tar dos mil veces por día, tre mil veces por día si le es posible y  
quiere ganar cien pesetas más. El mundo del capitalista es, en cambio,  
toda la fábrica y, en último término, toda la sociedad....

La división del trabajo es, antes que nada, la prohibición al acce-  
so a la totalidad. Por ello es al "Buró Político del Partido" a quien  
corresponde interpretar la totalidad. A la base le corresponde Biblioteca de Comunicación  
Cátedra de Sociología  
1980 repartir  
carteles, distribuir impresos, propagar consignas. Los estatutos ga-



8 rantican la imposibilidad de una acción de la base dirigida a la totalidad. La parte está sometida al todo, las partes están sometidas al todo y el mismo todo está sometido al "UNO" por lo que, en buena lógica, no podría la base representar al todo, contenerlo. La acción en la base, la acción militante, debe ser exclusivamente técnica, operatoria, aplicativa de unas directrices venidas de lo alto, todo lo más interpretándolas, si ello es necesario, pero no dándoles su propio sentido.

En 1.904, en su crítica a "¿Qué hacer?", Trotsky escribía con acierto:

"La organización de los revolucionarios profesionales, o más exactamente su cumbre, se convierte en el centro de la consciencia socialista y fuera de ese centro se extienden los ejecutantes disciplinados de las funciones técnicas asignadas..."

En el Partido leninista, los ejecutantes, los trabajadores de la historia, están subordinados a una dirección que representa la totalidad y a la que por consecuencia está sometido TODO. Esta dirección, como el capital, se beneficia de los efectos de la cooperación que se proyecta hacia ella pese a ser todas las ligazones verticales o estar en todo caso controladas por la jerarquía. Marx se hubiera sorprendido desagradablemente si hubiera tenido ocasión de ver como la descripción que en el Capital hace de la fábrica capitalista, y que se inserta en la explicación general del funcionamiento del modo de producción capitalista, servía de modelo a una "organización revolucionaria".

Esta es la extrañeza que refleja Rosa Luxemburg al decir:

"¿Qué puede tener de común la docilidad pasiva de una clase oprimida y el levantamiento de una clase que lucha por su emancipación integral?"

Marx nos había mostrado como la fuerza nueva creada por la cooperación, que funciona como fuerza colectiva, no pertenece a la misma colectividad sino que funciona en favor del capital.

Este instituye al llamado "trabajador colectivo" o "no directo", especie de cuerpo omnipresente del cual son miembros todos los individuos y del cual él es la cabeza: el sujeto, la conciencia, la voluntad.

"El lazo entre las funciones individuales de los obreros y unidad como cuerpo productivo se encuentra fuera de ellos...: en el capital que los reúne y los retiene. La unidad de su cuerpo colectivo se les aparece como la autoridad del capital, como el poderío de una voluntad extraña que somete sus actos a sus fines propios."

Esta estructura tiene como finalidad la de reservar al capitalista su posición de poder.

La división del trabajo fragmenta al trabajador, lo trocea y lo incorpora a un mecanismo que existe independientemente de él, "sacrificando un mundo de instintos productores", como dice Marx. Y este trabajador "parcelario" es "tanto más perfecto cuanto más especializado e incompleto". Las potencias intelectuales se le escapan por no ser ya útiles más que a nivel de conjunto:

"Lo que los obreros 'parcelarios' pierden se concentra enfrente de ellos: en el capital. La división manufacturera les presenta las potencias intelectuales de la producción



como la propiedad de otro y como el poder que los domina ... la gran industria hace de la ciencia una fuerza productiva independiente del trabajo y la dirige en favor del capital."

Lenin insistió con frecuencia sobre este hecho de que las potencias intelectuales han sido separadas de los obreros: no para reaccionar contra esta operación específica del capitalismo sino al contrario para extraer el argumento que le permita reproducir idéntica operación en el Partido bolchevique en el que las potencias intelectuales, patrimonio de la dirección, deben igualmente hacer frente a los trabajadores.

Lenin habla de la sumisión de la parte al todo: es decir a la totalidad en idea o a la idea de la totalidad representada por el poder y en último extremo por el jefe que es justamente el "Pensador" de la totalidad. Esta sumisión de la parte al todo que el Partido está encargado de organizar para el bien de todos se concreta finalmente en la sumisión de todos a "el UNO", tal como Trotsky en 1.904 lo había adivinado con notable lucidez: lael Partido sustituye a las masas obreras, la organización sustituye al Partido, el Comité Central sustituye a la organización y, por fin, un solo Dictador sustituye al Comité Central.

La empresa capitalista organiza y desorganiza a la clase obrera. La organiza al vincularla a la producción bajo su dirección. La desorganiza impidiéndole, dentro de lo posible, reconocerse como clase, organizarse ella misma monopolizando la comunicación. Del mismo modo, o quizás más eficaz pues integra oficialmente el momento de la conciencia y de la lucha de clases, el Partido es a la vez la Organización y la Desorganización del Proletariado.

Dándole la suya, el Partido leninista priva al proletariado de su organización tal como lo afirman JALEK KURON y KAROL MODZELEWSKY en su "Carta al Partido obrero Polaco".

Se ha visto cual es la técnica de división empleada por el capitalismo. Opera en dos momentos: el primero la atonización de los trabajadores, el segundo la separación entre el trabajador y el proceso de trabajo global.

En cada uno de estos momentos, la operación del capital puede verse amenazada. Los trabajadores pueden organizarse entre sí y reconocerse como miembros de una misma clase. Pero aquí, justamente, interviene el partido leninista, que gobierna certeramente esta totalidad y el peligro en el capitalismo puede verse despejado. Pose a olo, en la base los trabajadores pueden reagruparse y constituir grupos independientes del partido leninista y de los Sindicatos por él controlados. Llegados a este punto pueden conseguir una cierta eficacia y llevar a la huelga a un taller e incluso a una sección o a una fábrica entera. Pero con la ayuda del Sindicato se despejará las más de las veces el peligro. Por otra parte, los trabajadores pueden intervenir sobre el contenido de su trabajo, aplicarle sus propias normas, reorganizarlo a su manera, etc. Estas nuevas formas de huelga se han desarrollado particularmente desde hace cinco años, sobre todo en Italia (2).

Estos movimientos de organización autónomos de los trabajadores, a partir de su trabajo, ponen en cuestión la coexistencia pacífica en la fábrica y consecuentemente ponen en cuestión la existencia misma del Partido leninista y del sindicato "correa de transmisión" del mismo partido. Y el Partido leninista y su sindicato tienen tantas más razones para sentirse amenazados cuanto que si los trabajadores impugnan la división del trabajo en la fábrica no es para aceptarla servilmente en sus organizaciones de clase.



Los mencionados comités de taller y de cadena no tienen nada de leninista. (3) [Y aquí nace el contrasentido que paraliza a una organización como CC.OO. en nuestro país. Si por las condiciones particularmente difíciles en que se desarrolla la mencionada organización - clandestinidad - están los militantes obligados a relacionarse con sus compañeros inmediatos creando así la base para una organización coordinativa democrática y, por decirlo así, natural y orgánica, dicho carácter horizontal se quebranta en la fase siguiente, viendo rota su representatividad que es sustituida por unas relaciones de manipulación que orquesta el Partido leninista. De allí la sensación incompleta que experimenta cualquier militante obrero con conciencia que tenga experiencia en CC.OO. y la mezcla de entusiasmo (al tener la posibilidad de vivir una comunicación con sus compañeros dando rienda suelta en su conversación y en su acción a su conciencia de clase) y de desencanto (impresión de ser utilizado a ciertas esferas que se le escapan) que constituye la tónica general característica de la trayectoria de dichos elementos activos y conscientes.]

Esta organización autónoma del proletariado, establecida sobre el lugar mismo de trabajo, es, naturalmente, un arma de combate anticapitalista y modifica radicalmente el esquema de la lucha de clases concreta.

El patrón, el "dirigente" sindical o político son impugnados de raíz. La liquidación del Partido Comunista o de sus variantes Trostkystas o Maoístas se adivina a largo plazo.

Es notable la oposición arrebatada del Partido leninista a toda revisión de la estructura del poder en la empresa que se convierte en increíble defensa de la jerarquía "por se". La razón de esta actitud reside en que si todo esto cambiase sería su propia estructura leninista la que se desmoronaría. Y ello porque la autonomía de los trabajadores no es compatible con la autonomía de su representación, y sobre todo en razón de que en uno y otro lugar la dominación es la misma: el mantenimiento del principio jerárquico en la empresa es la condición "sine qua non" de la supervivencia del partido.

Para Lenin no tiene nada de objetable el que el partido se asome a la empresa capitalista. Lenin aprecia a la empresa capitalista por las mismas razones por las que ésta se satisface a sí misma: no porque sea particularmente eficaz, lo que es falso, sino porque es capitalista. Lo que incorpora Lenin no es directamente el lado económico sino el político; la estructura de poder; en el socialismo leninista la política (el Partido) priva sobre la economía.

Sumergidos en las condiciones del capitalismo, organizados según su misma estructura, los proletarios producen de cualquier modo algo que les es expropiado; el producto de su actividad lo giran para siempre; la "revolución", del mismo modo que el producto fabricado en la empresa capitalista, se les escapa, los domina y los explota.

El militante es fuerza de trabajo especializada, jerarquizada, organizada desde lo alto y aislada de la realidad inmediatamente vivida. Se trata de "producir historia" en provecho de la dirección burocrática. Los militantes trabajan la historia-realidad en un mundo mixtificado de fenómenos y de apariciones. Los dirigentes tienen acceso a la historia-valor; ellos disfrutan de los beneficios de la historia, de la Plusvalía histórica.

El Partido trasplanta al mundo de la acción política, de la lucha de clases política, aquella que en el modo de producción capitalista no ocurre más que en el sector de la estructura económica; arguyendo su perfección técnica, adopta el aparato político de la



fábrica capitalista. Transforma el modelo fábril de la organización capitalista en organización política de la clase obrera. Mientras, como había previsto Marx, en la sociedad capitalista la propia lógica interna del sistema presupone la muerte de sus propias instituciones, Lenin consigue convertir a aquello que subvierte a las instituciones establecidas en una nueva institución idéntica a las anteriores.

Para hacerlo le ha bastado con reemplazar, en la conciencia de las gentes, la "acumulación de capital" por el tema de "construcción del socialismo". El capitalismo actúa demasiado abiertamente y deja un resquicio a la crítica para que se manifieste. Pero es aquí que la crítica leninista del sistema capitalista se ha convertido en su prolongación a los aparatos del Partido y del Estado en los países denominados socialistas.

La Fábrica bolchevique produce la utinercancia: la Revolución. Tal como bajo el capitalismo, los hombres son explotados en la realización de un fin que les es ajeno, e incluso contrario, y de un objeto que se les escapa y del que se les expropia. Es la explotación que, en realidad, excede los límites de la simple economía. La empresa es estatalista y el Partido leninista realista la expropiación de los mismos hombres que producen; realista la misma expropiación de los trabajadores bajo el signo común de la jerarquización manufacturera.

El ídolo al que se sacrifica la explotación de los productores es un ídolo de sueño, de deseo. Es el capital -ya habíamos del deseo capitalista llegado al nudo del ídolo mismo-, es la "Revolución" leninista. "Está marcado permanentemente el ídolo por una prohibición de acceso: el capital está prohibido a los proletarios y, en cierto sentido, también a los capitalistas puesto que jamás es alcanzado, jamás se realizza por entero; y la "Revolución leninista" está prohibida, todavía más, a los proletarios por la burocracia leninista. A pesar de ello, en las situaciones de crisis, debe agitar ante el pueblo su imagen de revolución rip-sible, dando como ejemplo a las masas la prudencia de su deseo con el apoyo eventual de algunas prudentes frases del camarada LENIN. En ambos casos, el ídolo contiene el infinito: infinito es el proceso de la acumulación de capital, infinito es el proceso de "construcción del socialismo" leninista, por la sencilla razón de que no existe.

La ventaja del sistema de capitalismo de "Estado leninista" sobre el sistema capitalista radica en la integración del proletariado a sus tareas.

El partido incorpora la Iglesia a la fábrica. Mientras que la fábrica ejerce una política de deseo, la Iglesia se hace productiva. El tiempo queda postergado pa la eternidad, la historia es relegada a la categoría de mito y el pueblo reducido a la obediencia servil.

El Partido leninista es la General Motors asegurada por un org de histórico, por una concepción ideológica del mundo, por un "Espíritu Universal".

¿Qué es la revolución leninista-bolchevique?. Es la fábrica capitalista reformada por los aparatos ideológicos e institucionales del Partido.

edita

FSR





## II - LA IGLESIA LENINISTA

### 1- La técnica leninista de manipulación de voluntades.

En el partido leninista, cuya jerarquía está justificada por las necesidades inherentes a la organización del trabajo, de la acción científica sobre la naturaleza social, los militantes se encuentran, por lo general, reducidos a funciones técnicas. Una acción, para el partido leninista no debe ser nunca entendida como un fin en sí misma, nunca como ocasión para el proletariado de descubrirse, de comprender su propia fuerza y su capacidad de vivir de modo autónomo en la sociedad, de organizar él mismo a ésta, de disfrutar de la naturaleza dominándola. Controlando por los dirigentes toda acción no es sino el medio por el cual el aparato presiona, obtiene la negociación, refuerza su propia posición, prepara las elecciones, negocia a nivel nacional con los representantes de la burguesía, integrándose todo ello en una estrategia hábil por la cual, al final de los finales, conducirá al pueblo a la tierra prometida del Socialismo. Precisamente el leninismo nos somete al imperativo práctico, o condicionado: "Si tú quieres hacer la revolución, debes construir un partido centralizado. Seriamente, camarada. La acción histórica tiene sus reglas tal como las tiene la acción productiva". Lenin critica con dureza el subjetivismo que se interesa por los destinos individuales cuando en realidad el curso de los acontecimientos mundiales está determinado por la lucha de clases. Su filosofía, pretendida crítica del idealismo, es una negación/rechazo de la subjetividad.

Lenin nada dice de las raíces subjetivas del proyecto revolucionario. A sus ojos no existen. La voluntad revolucionaria del individuo es en él un efecto del proceso objetivo que se experimenta históricamente. No son los individuos quienes actúan, la historia no se hace a nivel individual, es el resultado de la acción de las clases determinadas objetivamente (4). Es por completo inútil conceder la menor atención al movimiento por el que un individuo o un grupo se suma al curso objetivo de la lucha revolucionaria, o buscar que valores están en juego, o la articulación del deseo y de la historia, etc. La historia no tiene nada que ver con todas estas menudencias. Si el individuo no se funde con la lucha de la clase obrera no cuenta para nada. Esta es la historia oficial. Primeramente el Partido leninista se sitúa al frente como SUJETO: como no hay sujeto histórico por no serlo todavía el proletariado, y como es necesario en contrar un sujeto histórico, no hay más remedio. Rosa Luxemburg había comprendido muy lúcidamente este aspecto del leninismo:

"En esta voluntad temerosa de instaurar la tutela de un Comité Central onisciente y onipotente para preservar de falsos pasos al movimiento obrero tan promotor y tan pleno de vigor, percibimos el eco del subjetivismo que ha jugado más de una mala pasada al pensamiento socialista ruso... Por primera vez en la historia de Rusia, el movimiento obrero ruso lanza con éxito las bases para la formación de una auténtica voluntad popular. Pero inmediatamente el YO del revolucionario ruso



se permite hacer piruetas mentales y, una vez más, se proclama dueño todopoderoso de la Historia, esta vez en la persona de su alteza el Comité Central del Partido....."

Pero, como lo había previsto Trotsky, el Partido no es por sí mismo sino un sujeto pestizo, y la función objetiva, más imperiosa que nunca, llega tarde o temprano a concentrarse en un individuo único. UN individuo llega a poseer el poder absoluto sobre las grandes entidades objetivas que son el Proletariado y la Revolución, tras haber conseguido el lugar más alto, sin duda por su astucia, inteligencia y cualidades personales, pasando sobre los demás individuos que perseguían, como es natural, el mismo fin dentro del aparato dirigente del Partido: protegido por la ideología oficial, el deseo de afirmación individual - que se convierte en puro deseo de poder - avanza enmascarado y logra sus propósitos. La negación de la subjetividad se consume en personas como Stalin y Mao, pero es cierto que estas subjetividades suntuosas son identificadas a la objetividad y así los individuos que forman parte de las masas pueden, frente a ellos, negarse a sí mismos con alegría.

Lo que es extraño es que desde hace más de medio siglo tantas gentes proyecten en este personaje y en esta doctrina sus aspiraciones personales a la transformación de la vida y al cambio de orden social. Aspiraciones personales, pues para cada uno de nosotros no hay más motivaciones que éstas. Quien se compromete como militante revolucionario se suma a una acción que se define a sí misma como objetiva, como impersonal. Pero... ¿lo haría pretendiendo olvidarse a sí mismo? ¿Será el leninismo un opio del pueblo? Durante la miserable época en que la sola cita de Lenin tuvo valor de argumento sin posibilidad de réplica, no existían las condiciones que permitieran percibir la paradoja que se vivía. Hoy ha llegado posiblemente el momento de analizar en qué reside la "seducción de Lenin".

Con Lenin debemos, como acabamos de ver, someternos al imperativo ligado a la estructura objetiva del mundo, conocida gracias a la ciencia marxista. Así debe ser entendida su reformulación del principio de Arquímedes: "Dadme una organización de revolucionarios profesionales y moveré Rusia".

Pero, de igual manera, la Revolución aparece como el imperativo categórico incondicionado. Es necesario hacerla porque es necesario. La cuestión ni siquiera se plantea. Tus razones personales puedes guardartelas para tí, porque la revolución pertenece al orden objetivo en que se desarrolla la historia universal, entendida como transcendencia soberana (5).

Por otro lado, el fin que se debe perseguir, el comunismo, está virtualmente presente en ella y corresponde a los políticos la tarea de encontrar a escala humana la estrategia y la táctica: guiar a las masas.

En tanto que la tradición burguesa las distingue, Lenin mezcla la técnica y la moral pero sin contemplar la acción a través de otros criterios. Este Kant antizustarista reúne simplemente los dos tipos de imperativos. La ley moral es aquí la ley de la naturaleza, lo que no significa que puedan las masas dejarse llevar. Dios es todopoderoso y, en cierto modo desea todo lo que sucede, lo que en cierto modo dispone al creyente de la tarea de conformar su deseo a la voluntad de Dios, siendo la Iglesia quien la define (la voluntad). Cualquiera que conozca ligeramente un Partido leninista sabe qué moralismo reina en él y ha podido evocar con emoción el utopismo de Marx que quería superar la moral.



Ningún mandamiento se aplica directamente a la vida sexual: es la diferencia con la Iglesia. Los problemas no son tratados por el cura en su confesionario, son trasladados, transportados. "La cuestión no está en saber si sientes deseos de acostarte con tu madre, camarada, sino de luchar contra el imperialismo mundial". Traslado por ergoterapia los problemas creados por el "Establishment", el Partido ratifica lo que está establecido, prestándole un socorro que las fuerzas conservadoras no esperaban.

La base de la opresión queda intacta, debe servir todavía. La referencia a la técnica permite una manipulación del deseo que constituye toda otra técnica. Aparentemente técnico, Lenin pone en marcha una organización, una institución que excede al dominio de la racionalidad (cosa que probará funcionando imperturbablemente en otras condiciones que en las de la Rusia de principios de siglo). El imperativo de la técnica enmascara, por tanto, al imperativo absoluto de la ética. Se trata de presentar la revolución como una necesidad, tanto en el plano objetivo como en el plano moral: no como algo que se desea sino como algo que se debe hacer. Presentando la revolución al mismo tiempo como un asunto técnico y como el efecto de una ley trascendente, Lenin hace un gran valor a la conciencia desgraciada: la exime de culpabilidad. Esta no tiene ninguna culpabilidad pues se trata de un mundo de fuerzas, objetivo, casi material, conforme a la Voluntad superior de la Historia.

"Más vale cambiar los propios deseos que el orden del mundo", decía Descartes. Pero: si se transforma el orden del mundo no es por un capricho. No se hace la Revolución porque se tengan ganas o porque el hacerla proporcione un cierto placer, como imagina.

La Historia ha dado la razón a esta última actitud en repetidas ocasiones. Ha mostrado que si se hace la revolución, en ocasiones es para babear todavía más. La revolución, como la ley moral de Kant, hace daño. Se hace la revolución porque es necesaria, porque obliga. En cierto sentido, nadie es responsable de ella. Se va a destruir el mundo burgués. Pero, ¡atención!, no somos menos respetables, serios y decentes que el burgués decadente. Si se milita no es por pereza o entretenimiento, sino todo lo contrario.

Leyendo a Lenin no se puede adivinar la mínima razón para convertirse en revolucionario. Esto es lo que le hace irresistible. Cristo se dirige a los deseos del Hombre explícitamente: "No solo de pan vive el hombre". Le da también voz, pan, verdad.... consuela, cura, hace milagros,..... igual que Mao.

Con Lenin nada de esto ocurre. Da la palabra y la verdad, pero en la proporción exacta en que éstas son necesarias para obrar con eficacia.

La fuerza de Lenin reside en no mencionar los sentimientos. Disuelve la revolución individual en la general y necesaria. Su posición subjetiva es la negación de la subjetividad. He aquí su secreto; como decía Freud, los hombres están dispuestos a pagar bien con tal de que se les libre de ellos mismos.

Es un personaje astuto Lenin; ya no puedes soportar ni un instante más al mundo, tienes ganas de romper la cabeza al patrono, o al primer policía que se te ponga en medio, no sabes que hacer con la cabeza, en el colmo de la desesperación eres capaz de destruirte tú mismo. Y mira por donde, Lenin sitúa tu malestar subjetivo y solitario, puramente negativo, en un orden histórico y cósmico. Te explica todo esto a través de leyes, las de la sociedad y de la naturaleza, y te indica la vía para salir de este estado. Pero he aquí que Lenin no es un místico, es un realista, más aún, un técnico que ha salido con éxito de su gran obra: la Revolución Rusa; y se basa en



la ciencia, en la dialéctica y en los electrones. Te da un carnet de su partido, donde no tendrás que hacer más que lo que te diga "la ciencia" a través de los dirigentes, que han sondeado el "Ser Social Objetivo" y han calculado las "Condiciones Objetivas". Y, una vez ahí, podrás ir a contar todo esto al proletariado, que necesita estar bien dirigido, tal como lo está normalmente en la escuela de la fábrica, y que no hace sino esperarte "sabiendo apreciar este riquísimo bagaje de conocimientos, este vastísimo horizonte político que encuentra en los intelectuales socialdemócratas". (Lenin: "Un paso adelante...")

¿Quieres conocer mundo, conocer el amor y la aventura?: Alistate en el ejército.

¿Quieres cambiar la vida?: Inscríbete en el partido.

¿Te sientes revolucionario?: Acude a Lenin, es tu patrono. No estás completamente perdido para la civilización occidental: hay una institución capaz de recuperarte. Se te enseñará la verdad de tu protesta, de tu malestar, de tu rebeldía. Todo está escrito en los veinte volúmenes de las obras completas del camarada Lenin publicadas en la editorial PROGRESO de Moscú. Si quieres hacer algo al servicio de la revolución y del proletariado, comienza por leer esto.

Con Lenin, el deseo subversivo encuentra un orden y se desembaraça de su angustia y de su culpabilidad. Se apela a la Ley y al Padre, y ya se ha dejado de ser un "perverso revolucionario".

Manipular el deseo y expropiar de él a sus portadores, tal es la operación de la institución leninista. Para ello se sirve de cierta filosofía, para ello se sirve de cierto marxismo. Para los leninistas, el marxismo - a pesar de las grandilocuentes manifestaciones en contra - no es un pensamiento crítico. El marxismo clausura, para los leninistas, las grandes corrientes de las ideas.

Para los leninistas, el marxismo solo nace en la cabeza del intelectual burgués.

Todo está completo para Lenin, todo es objetivo, no falta nada. El cerebro del jefe refleja adecuadamente la realidad de la revolución hasta su fin.

El leninismo regresa a la profilosofía, no la supera, retorna a los momentos anteriores a la filosofía porque ésta va ligada a la historia y nunca se concluye. La autoridad de la afirmación, el tono increíblemente dogmático de Lenin y los beneficios ilusorios que se pueden extraer de ahí añaden a la pseudocoherencia del sistema la imposibilidad de cualquier apertura.

Así, Lenin concibe la libertad como la inteligencia de la necesidad. ¿Y quién sino el Partido deberá determinar la necesidad, que viene dictada directamente por las "condiciones objetivas" sobre las que pontificará invariablemente? Ser libre será, pues, someterse a los dictámenes del Partido, aceptar la ley como fundamento de poder, porque deriva directamente de la necesidad material.

Si Lenin recurre con frecuencia a la ciencia mítica es para reforzar exteriormente su poder. Lenin toma prestada la concepción científica y tecnicista de la causa eficiente (frente a las posturas voluntaristas) del determinismo físico aplicada a la historia: las condiciones objetivas. Nosotros pensamos que si se quiere pensar con autenticidad en la revolución, fuera de los cuadros de referencia de la ideología burguesa, hay que considerar al contrario que se hace la revolución porque es deseable, porque es atractiva, porque es un objeto de deseo, porque es interesante, sin olvidar, por supuesto, tener en cuenta las condiciones objetivas en las que ésta tendrá lugar.



16 En Lenin, el amor por la revolución es amor pervertido en amor por el jefe; el deseo de una vida nueva desnaturalizado por la institución. Rosa Luxemburg hacía ver a Lenin que no era únicamente la fábrica, sino también el cuartel, la que incubía al proletariado esta disciplina que lo sometía. De hecho, Lenin habla a menudo del Partido como de un ejército. La Internacional comunista precisa en 1.920 que todo Partido Comunista debe ser organizado según el modelo de la centralización máxima: "una disciplina de hierro similar a la disciplina militar" debe ser admitida. El ejército permite la justificación de la jerarquía, del poder del jefe, del mantenimiento de la estructura piramidal psicológica e institucionalmente; permite, finalmente, la posibilidad del "golpe de fuerza" respecto a las masas y el sometimiento de éstas. La militarización del trabajo, bajo la dirección de Trotsky, lo demostró así.

Las explicaciones de Trotsky sobre "nuestra militarización" (En "Terrorismo y Comunismo") merecen que le dispensemos un momento de atención.

"Nuestra militarización, dice, se distingue por su fin, tal como el proletariado organizado de cara a su emancipación se distingue de la burguesía organizada de cara a la explotación. Lo único que hay de singular es que el proletariado se organice de igual modo para ser explotado y para su emancipación propia. Volvemos a encontrar aquí una constante del leninismo, al que permanece fiel Trotsky hasta los últimos momentos. La militarización del trabajo, precisa Trotsky, no es solamente una metáfora.

"Ninguna otra organización social (salvo la organización socialista), si exceptuamos al ejército, se ha concedido el derecho de subordinar de esta manera tan completa a los ciudadanos, de dominarlos tan totalmente por su propia voluntad, como lo hace el gobierno de la Dictadura del Proletariado. Nadie, salvo el ejército... que ha adquirido el derecho de exigir de cada cual una sumisión completa a las tareas, a los fines, a los reglamentos y a las órdenes. Y el ejército ha llegado a este punto, sobre todo, porque las tareas de organización militar coinciden con las necesidades del desarrollo social."

¿Era posible obrar de otro modo en la Rusia de 1.920? No estamos allí y nos es imposible volver a esta fecha. Todo esto no quiere decir sino una cosa: La revolución se le escapaba de las manos al proletariado, no respondía en absoluto a sus deseos. Trotsky cae en las contradicciones groseras y tristes a la hora de explicar que es el proletariado mismo, superando sus propias debilidades, quién reclama ser sometido a la disciplina más estricta. Dando pruebas de un entusiasmo a prueba de toda desilusión por la revolución, estima que este entusiasmo mismo no es suficiente y que es necesario añadirle todo el aparato coercitivo armado. "El único problema es saber quién detenta el poder", dice Trotsky. Sabemos hace tiempo que en el ejército son los generales quienes lo detentan... Todas las formas de organización, para Trotsky, son armas en manos de la clase obrera en el poder. Incluso las armas que se repiten, puestos que los medios son siempre los mismos y cambia, únicamente el fin. El taylorismo tiene, en el régimen capitalista, la finalidad de aumentar la explotación, pero en un régimen socialista sirve para acrecentar la producción socialista. Porque para el socialismo, igual que para el capitalismo, la producción es un imperativo dominante.



Sí, es la burguesía quién ha inventado la técnica de la producción, 17  
no hay otra e implica una educación, que es represión, del hombre, este  
"animal perezoso".

"Era necesaria, nos dirá Trotsky, una nueva religión, la de la Reforma, que combinaba la libertad del alma con la libertad del comercio y el trabajo. Ella misma se hizo con nuevos curas, guardianes espirituales y devotos servidores. La escuela, la prensa, los consejos municipales y el Parlamento fueron adaptados por la burguesía con vistas a moldear las ideas de la clase obrera.

Las diversas formas de salario... no constituyen en manos de la burguesía más que distintos medios dirigidos al "limado" del proletariado. Diversas formas a las que se unen otras distintas para animar al trabajo y para incitar al arrivismo.

La burguesía ha sabido poner la mano sobre los sindicatos, organizaciones de la clase obrera, y aprovecharse de ellos para disciplinar a los obreros. Ha donado a los líderes y, a través de ellos, ha convencido a los obreros de la necesidad del trabajo pacífico, del cumplimiento irreprochable de su tarea..."

Lo que cambia en realidad es la religión únicamente. Respecto a las estructuras institucionales, o sea en cuanto al control de la vida, no podemos decir que la transformación sea fundamental.

Rosa Luxemburg había observado con acierto la naturaleza institucional del bolchevismo, "impregnado de un espíritu no positivo y creador, sino de un espíritu estéril de guarda jurado", que podemos llamar también carácter obsesivo, que se encuentra tanto en el secretario de Célula como en todo Prefecto de Colegio. El órgano directivo del Partido se define, antes que nada, por su papel negativo, prohibitivo: intenta en primer lugar controlar, aplastar, estrechar el cerco. Todo ello, evidentemente, no puede conducir más que a un extremo conservadurismo. Pero....¿conservadurismo de qué?

Lo vimos al hablar de la educación que el leninismo pretende dar al proletariado. Sin embargo, si el leninismo se hubiera reducido a esto no hubiera obtenido el menor éxito. Cualquiera que sea el grado de interiorización de la represión, por fuerte que sea la influencia de la coraza autoritaria, por hablar como REICH, no es fácil imaginar a las gentes precipitándose al cuartel o a la fábrica. El partido no puede ser solamente una réplica de la fábrica capitalista, esto es lógico. En primer lugar, lo que le falta a la fábrica es "fó": el obrero no cree en el capital. Este culto al capital está reservado en exclusiva al capitalista, y solo ocasionalmente ejerce una función de integración. Los esfuerzos en este sentido que exaltan el alza del nivel de vida, la mayor y mejor distribución de las mercancías, el consumo universal, son excesivamente prosaicas y solo surten los efectos deseados en un campo ideológico especialmente abonado por factores de tipo económico.

Lenin percibe con clarividencia esta dimensión en "¿Qué hacer?".

"Para agrupar a todas estas fracciones minúsculas es un todo, para no fragmentar, al mismo tiempo que las funciones del movimiento, el movimiento mismo, para inspirar al ejecutivo



de funciones minúsculas la f6 en la necesidad y en la importancia de su trabajo, f6 sin la que nada har6, para todo estos, es necesaria una organizaci6n potente de revolucionarios probados".

He aqu6 la diferencia: en el Partido es ejecutor cumple su tarea con f6: aqu6 s6 que hay elasticidad.

En el Partido, las diferencias individuales est6n prescritas como en la f6brica, pero aqu6 la relaci6n que cada cual mantiene con la transcendencia es positiva: la revoluci6n ha ocupado el lugar del capital. Y un hombre encarna la revoluci6n. Tal como lo expres6 Trotsky: "La Naturaleza ha hecho las cosas bien cuando ha concentrado en un solo hombre la imagen encarnada del pensamiento revolucionario y de la energ6a indomable del proletariado". En el cuadro del materialismo leninista, un fen6meno tal no puede explicarse sino recurriendo a un capricho de la Naturaleza, de la Providencia de la materia. De hecho se trata de algo m6s que de la instituci6n: es la estructura de la formaci6n colectiva, explicada por Freud, la que implica esta organizaci6n del colectivo alrededor de una imagen, de una encarnaci6n, de una concentraci6n de su propia energ6a.

Todos mantienen, empezando por 6l mismo, una relaci6n libidinosa con el Jefe, y se identifican secundariamente los unos con los otros, al reconocerse como camaradas. El Jefe atrae sobre su persona el deseo y corresponde con su ley. El mismo se identifica a la ley y al valor. Lenin es, aparte, "el Fundador" por excelencia del Partido, del Estado Obrero. El dicta su ley que sus subalternos o sucesores se limitar6n a hacer observar con el "esp6ritu est6ril del guarda-jurado". Esta ley se convierte para cada uno de los miembros del colectivo - que se definen por su identidad en esta relaci6n - en el contenido de su "super ego". As6, lo universal es immanente al individuo y toda una doctrina viene a explicar esta immanencia. Cada proletario (que para el capitalista no era sino un ejemplar intercambiable de su clase, entendida como colecci6n pura) no es m6s que un fragmento, un miembro de la familia proletaria mundial cuyo Papa est6 en MOSC6 o PEKIN.

Hemos hablado aqu6 de la identificaci6n del jefe de c6lula y del dirigente: Lenin es su conciencia. Pero hay tambi6n una jerarqu6a en la identificaci6n. Hay tambi6n aprendiz de bur6crata que se toma por otro Lenin. Hay tambi6n estudiante que, hurgando por Bibliotecas, llega a creerse Smolny. En buena l6gica hegeliana, el sacrificio que cree hacer de su 6xito social le da derecho a alg6n privilegio. A los estudiantes con complejo de l6der, el leninismo les ofrece una carrera, un desahogo, incluso con una prima por riesgo y aventura.

La principal aportaci6n hist6rica del leninismo habr6 sido, en todo caso, la de crear una nueva profesi6n, intelectual y quasi-burguesa: la profesi6n de director del proletariado, de director de la revoluci6n, .... la profesi6n, despu6s, de director de la sociedad.

edita

F S R





Lenin aparece precisamente como el profesional. ¿Le gusta su papel? No vayamos a creer que pueda tener, por un momento, la debilidad de sincerarse. Tal como el matemático no puede hacer de su gusto por las matemáticas una etapa de su razonamiento, el amor por la ciencia no puede ser objeto de una proposición científica. El sabio no se planteará jamás ese problema como tal, en su actividad propia, no hablará de este asunto más que de pasada, y, entonces, le será tan fácil decir que ama la ciencia como que ama la pesca submarina, pongamos por caso. El leninismo permite que el objetivo engulla todo, empezando por el deseo del propio jefe, deseo que se presenta con caracteres de necesidad histórica. Lenin cumple con su deber. No bromea sobre la disciplina, pero es duro consigo mismo tal como lo es con los otros.

Es por ello por lo que hay quien se sentirá identificado con él en la seguridad: no es un soñador asolado por las contradicciones, un neurótico obsesionado por sus problemas, es un hombre sólido, implacable que ha trabajado la historia.

Y este ser, absolutamente positivo y perfectamente identificado con su función, tiene una tarea histórica que cumplir. Este santo materialista ignora la duda o la interrogación. Su seguridad está a prueba de todo. Trabaja en la empresa de la Revolución como otros trabajan en la tarea del Estado. Por otra parte, para él, la Revolución tiene algo de Estado, puesto que está institucionalizada, puesto que está inscrita en la materia al transformarla. El Partido leninista es la síntesis de la Revolución y del Estado, es la Revolución como Estado. En la persona misma de Lenin, todo está subordinado a la Revolución, tal como subordinará todo a ésta en la sociedad. Porque la Revolución no es, para él, un fenómeno cultural o humano total, sino que, al contrario, se presenta reducida a una mera toma del poder. Hacerse con el poder, apoderarse del Estado, esta es la obsesión de Lenin: todo está condicionado con arreglo a este fin.

El deseo obstinado de Lenin era destruir el Estado vigente. Y después fundar otro. Tal como lo hizo. En Lenin coexisten dos teorías del Estado que manifiestan cierta ambivalencia. Por una parte la del "Estado y la Revolución", donde hay estado no hay libertad, tesis que calca del anarquismo. En 1.919 emplea con los estudiantes de la Universidad de Sverdlov un lenguaje un poco distinto. Después de haberse esmerado en destruir la idea según la que el Estado sería "algo divino, sobrehumano", lo define como una pura y simple máquina de opresión de la que el proletariado se ha apropiado y utiliza contra los antiguos explotadores.

"Cuando sea imposible explotar al prójimo en toda la tierra... en ese momento, en ese preciso momento, enviaremos la máquina al chatarrero."

La ruina del Estado se aplaza al máximo: ¿Cuándo no habrá más explotadores? Pero si ahora están amparados en el propio Estado soviético!

Así, Lenin se dispone a arrancar a la burguesía sus propias armas y volverlas contra ella: después de la Fábrica, el propio Estado. Completamente malo en la medida en que pertenece a la burguesía, el Estado es relativamente bueno en cuanto el Partido le ha puesto la mano encima.

El arte y la literatura, en tanto que manifestaciones del deseo, no merecen privilegios por sí mismas y deben estar rigurosamente subordinados a la política:



"Es una vergüenza haber votado la publicación de 5.000 ejemplares del poema 'Ciento cincuenta millones', de MAIANOVSKY ! De cada diez obras de este género no debería publicarse más que una y con una tirada no superior a 1.500 ejemplares; para las bibliotecas y para los maníacos."

dijo Lenin a LOUNATCHARSKY, a quien quiere reprender por su futurismo, cuando este último trata, vanamente, de defenderse arguyendo que el poema había encontrado gran eco entre el público obrero. Lenin contemplaba con enorme desconfianza la empresa de promoción de una cultura netamente proletaria, preconizando la adaptación formal del realismo burgués. Estaba tan irritado que, en el curso de una discusión sobre la "PROLETKULT", dirigió a Bujarin estas ecuaciones sin réplica posible: "Clase proletaria = P.C. de Rusia = Estado de los Soviets".

Conviene traer a colación un recuerdo de las memorias de GORKI: Escuchando Lenin la "Apasionata", dijo: "No conozco nada más grande, podría escucharla diariamente. Es una música prodigiosa, sobrehumana. Yo me digo con orgullo un poco ingenuo: ¡He aquí las maravillas que pueden crear los hombres! Pero no puedo escuchar a menudo la música porque me enerva, tengo ganas de decir cosas amables, estúpidas, y de acariciar las cabezas de quienes, viviendo en un infierno sórdido, pueden crear tanta belleza. Pero hoy en día no se puede acariciar la cabeza de nadie: se la morderían a uno. Se puede golpear las cabezas, golpearlas sin piedad, aunque nuestros ideales se opongan a la violencia. ¡Qué oficio difícil!".

### 3- El proletariado castrado. Infortunios de la virtud y prosperidades del vicio.

El leninismo es, antes que nada, la idea de que el proletariado no es capaz, por sí solo, de cumplir la misión que le ha sido encomendada por la historia.

"El movimiento obrero espontáneo no puede engendrar, y no engendra infaliblemente, nada más que el tradeunionismo; y la política tradeunionista de la clase obrera es, precisamente, la política burguesa de la clase obrera."

¿Qué hacer? A la política espontáneamente burguesa del proletariado hay que reemplazarla por la política proletaria de la "intelligentsia" burguesa del partido.

"La doctrina socialista nació de las teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por los representantes cultivados de las clases poseedoras, por los intelectuales."

En Rusia, la doctrina social-demócrata surgió de un modo completamente independiente del crecimiento del movimiento obrero, como el resultado ineluctable del desarrollo del pensamiento entre los intelectuales revolucionarios socialistas".



Desde luego, cuando leemos este párrafo, roza el idealismo: la referencia a la lucha de clases se hace lojana. A su realidad, en todo caso, y no a su "teoría", como dice Lenin reprochando a Bernstein el "negar la teoría de la Lucha de Clases, considerándola inaplicable en una sociedad democrática". Este suplemento nos lo dice todo. La lucha de clases no es una teoría aplicable a la historia - y es así como la ve Lenin - sino la sociedad misma en su inteligibilidad histórica. Lenin prefiere, no obstante, considerarla como una construcción de teórico, que pretende rendir cuentas de los hechos objetivamente observados, tal como lo hace la ley de la Gravitación Universal. No es la lucha de clases la que procede del teórico, sino al revés.

A partir de esta teoría, y de esta posición teórica, el teórico, que no es sino el político que ha adoptado este disfraz, puede intervenir en la realidad y confeccionar, según su capricho, los discursos ideológicos, que dirige a las masas: tal como ha visto bien Althusser, la distinción entre la ciencia y la ideología no es únicamente metodológica, sino que corresponde a una división efectiva entre dirigentes y ejecutantes. (6)

Sobre todo, una vez situada la verdad en la lucha de clases en el teórico, y no en el conflicto cotidiano del obrero con la explotación, es posible construir el Partido como poder separado. El leninismo considera igual a O'la experiencia proletaria e incluso, de existir, la considera refutada, en bien del propio proletariado, naturalmente. La famosa "ruptura epistemológica" que Althusser quería establecer entre un Marx, inquietándose de la experiencia misma y de un Marx científico que construye su objeto, se da en la realidad entre el ser social material, y como tal opaco, y la conciencia política puramente intelectual, transparente a sí misma y poseedora de la comprensión del todo: siendo independiente la ciencia de la historia como de la lucha de clases, es lógico deducir que el socialismo científico no desgraga de la praxis social. Y los sabios, los clérigos de la dialéctica que no están en absoluto determinados por su posición en la sociedad, sino solamente por el rigor inherente a su propia metodología, poseen la verdadera conciencia proletaria. La calculan. Pero no la transmiten tal cual al proletariado, sino que le proporcionan una ideología propia y adecuada a la realización de la acción histórica conforme a sus previsiones e y a sus concepciones. De cualquier forma es necesario ser severo con las simplificaciones de un Stalin o de un Mao.

Lenin se apoya en Kautsky al decir:

"Es en el cerebro de ciertos individuos de esta cate oría (intelectuales burgueses) donde nació el socialismo contemporáneo."

El cerebro segrega el pensamiento, el cerebro burgués - según Lenin - segrega en ocasiones el pensamiento socialista: los obreros no piensan en el socialismo, como es lógico, o en todo caso no es un tipo de socialismo práctico (leninista), el que se podría encontrar entre ellos, mezclado con un vago esbozo sobre el todo de rechazo y de desecho de algo diferente, que corresponde pensar a los intelectuales. No, ciertamente estos últimos son autónomos para Lenin y dependen, únicamente, del "desarrollo del pensamiento".

Los intelectuales no estarán, pues, sometidos por su ser social (por la materia en sentido amplio) sino que serán el oráculo de la materia, la voz de la sustancia del universo que a la altura de principios del Siglo XX accede a la plena conciencia de sí misma, a la plenitud, en el Partido Bolchevique.

Todo ello nos lleva, una vez más, al papel reducido que, en el leninismo, corresponde a la experiencia proletaria, simple coherencia, cuando no obstáculo que dificulta la empresa de la "contracción del socialismo".



22 Toda iniciativa directamente proletaria, incluso si no tiene vi-  
sos de tradeunionismo, no deja de hacer el juego a la burguesía. Y así  
lo señalará el partido. La espontaneidad del proletariado lleva a éste  
inevitablemente a manos del capital o al terreno donde éste puede ven-  
cerle. Necesario es decir que el desgraciado proletariado no participa  
de la cultura y, por lo tanto, no participa tampoco en la suma de la  
experiencia histórica. Es, por tanto, extraño a su propia historia que,  
afortunadamente, unos especialistas, venidos de la burguesía, pueden  
enseñarle y explicarle. No puede ser inteligible su experiencia histó-  
rica sino a través del pensamiento lejano, del cual son propietarios  
privados.... ¡también los burgueses! Y, más aún, el proletariado no  
puede representarse conscientemente el proceso histórico, objetivo por  
el cual se dirige contra la burguesía, y no puede concebir ni la esen-  
cia de su propia lucha ni la finalidad de su combate.

Todo ello va contra Marx, todo esto va en contra de la más elemen-  
tal evidencia, pero poco importa. Todo tiene su función. Son los inte-  
lectuales, los sabios, el Partido leninista, quienes definen el men-  
cionado proceso, la mencionada esencia, la mencionada finalidad. Méto-  
do intelectual de la toma intelectual del poder, del golpe de estado.

Con la ayuda de "su marxismo", el Partido ha dado al movimiento pro-  
letario, que andaba a la busca de su identidad, el conocimiento de sí  
mismo, su verdad, su fin, continuando una función que, antaño, desem-  
peñara la Iglesia en el "Pueblo de Dios".

Es necesario que algo permanezca oculto para que haya poder. El  
proletario no comprende nada porque permanece en los fenómenos, en las  
apariencias. El Partido conoce la historia y sus vías.

Que el trabajo no produzca saber es un fenómeno anormal ligado a  
las condiciones particulares del capitalismo, en el que la producción  
debe escapar -en su proceso, su esencia, su finalidad- a los produc-  
tores reales. El saber escapa al trabajo y se concentra frente a él,  
junto al capital, tal como lo mostró Marx. Lenin constata simplemente  
el hecho y lo constituye en fundamento de una política que consagra la  
separación, reproduciendo la situación del proletariado y perpetuándola:  
Esa es la tendencia dominante en el modo de producción capitalis-  
ta, pero jamás consumada por completo, por lo que los obreros no lle-  
gan a convertirse en puros objetos. Subsiste, pues, un saber obrero,  
pero no reconocido, rechazado, incommunicable a través de los canales  
establecidos.

Precisamente, la función del saber establecido es la de excluir  
todo otro saber, y éste es el secreto de la Universidad. Lo esencial  
es que el saber sea separado, y que la verdad sea, de alguna manera,  
protegida..., prohibida. Igual que la Universidad puede a la perfec-  
ción aceptar una selección de los "mejores" elementos de la clase obre-  
ra, capaces individualmente de desempeñar cometidos burgueses, el par-  
tido favorecerá, según la expresión de Kautsky tan del gusto de Lenin,  
a "los proletarios intelectualmente más desarrollados", y Lenin defi-  
ne en persona esta política de selección:

"Ved a los alemanes: tienen cien veces más fuer-  
za que nosotros, pero comprenden perfectamente  
que los obreros medios no proporcionan muy a  
menudo agitadores verdaderamente capaces. Es  
por ello que se esfuerzan en colocar inmedia-  
tamente a todo obrero verdaderamente capaz en  
las condiciones que le permitan desarrollar a  
fondo sus aptitudes; hacen de él un agitador  
profesional, le alientan a ampliar su campo de  
acción, de extenderlo de una sola fábrica a to-  
da la profesión, de una sola localidad al con-



junto del país. Así, este obrero adquiere experiencia y habilidad profesional; ensancha sus horizontes y sus conocimientos; observa de cerca a los jefes políticos eminentes de otras localidades o de otros partidos; se esfuerza por elevarse él mismo a su nivel y de aunar en él el conocimiento de los medios obreros y el ardor de la fe socialista a la competencia profesional, sin la que el proletario nada tiene que hacer frente a un enemigo perfectamente pertrechado de todas tantas armas." 23

Esta política de selección será aplicada rigurosamente por Lenin y Trotsky después de 1917 y tendrá por consecuencia patente la formación de la burocracia. Se observa aquí como el proletario, que como tal no cuenta nada, debe ser transformado por el aparato en especialista de la profesión dirigente-revolucionaria inventada por el leninismo, pero rigurosamente sinótrica de la institución burguesa. El leninismo no pone en cuestión la posición del saber ni el monopolio de los medios de producción intelectual. El saber debe continuar siendo propiedad de los que ya saben, o sea que mandan, propiedad de los que mandan, o sea que saben.

En suma, la cabeza domina. Es en el cerebro de los intelectuales en donde nació el socialismo. Correlativa a los privilegios de los intelectuales, hay en el leninismo una especie de obliteración del cuerpo, tradicional en Occidente. El materialismo leninista es ascético, como la moral que lo acompaña, comporta el rechazo del mundo sensible, de la verdad perceptiva, de todo el saber que puede constituirse a este nivel. Cuando el leninismo se funda en el ascético de lo diario y de lo inmediato, interiza, en lugar de combatirla, la alienación de lo real-inmediato que realiza el capitalismo.

Esta relación del cuerpo y la cabeza se toma del capitalismo: la cabeza es la dirección de la fábrica, en donde la totalidad es pensada, mientras que, fuera de ella, no existen más que fragmentos materiales, privados de unidad y de significación.

Y el cuerpo, como tal, en el capitalismo, es objeto de una alienación específica. Porque el burgués es la cabeza y el cuerpo es el cuerpo del proletario. Cuerpo de proletario: puro pedazo de materia, animado por conexiones puramente mecánicas, articuladas con los movimientos de la propia máquina. Cuerpo víctima de los suplicios continuos de que habla Marx a menudo: cuerpo deteriorado, dislocado, destrozado, reducido al estado de miembro de un cuerpo más vasto e inorgánico. Igual que se le niega al proletario su saber, se le niega la singularidad viviente y sensible de su cuerpo.

En el núcleo de la teoría leninista de la organización, se encuentra una imagen del organismo. Una relación de pura jerarquía entre la cabeza y el cuerpo, el sujeto y el objeto, el espíritu y la materia se manifiesta continuamente. Solo así puede operarse la UNIFICACION leninista: unificar los movimientos múltiples y diversos del proletariado no puede ser más que la tarea central coordinadora, manifestación de una subjetividad pura. Rosa Luxemburg ha entrevisto esta función alegórica del esquema corporal en la concepción de la organización política. Después de haber hablado de la "subordinación ciega de todas las las organizaciones hasta el menor detalle respecto al centro que lo piensa todo en solitario y que trabaja y decide por todos", dice todavía:



"No pueden (sin abusar del sentido de las palabras) designarse con la palabra disciplina dos nociones tan diferentes como, por una parte, la ausencia de pensamiento y de voluntad en un cuerpo dotado de miles de manos y piernas que ejecuta movimientos automáticos, y por otra la coordinación espontánea de los actos políticos conscientes de una capa social."

Digamos que una política verdaderamente proletaria implicaría un esquema corporal distinto al de Lenin. En lugar de ello observamos por enésima vez la vieja escisión: de una parte todo lo que es cuerpo en el sentido material en que lo entiende la burguesía, de otra todo lo que es pensamiento, voluntad, decisión.

Esta relación es, por otra parte, una relación metafórica entre el "consciente" y el "inconsciente": Lenin no cesaba de insistir en el hecho de que, no pudiendo ser aportada la consciencia a las masas más que del exterior, la relación del Partido con la clase se define como relación de consciente / inconsciente. Pensamiento que Stalin expresó con su ligereza habitual: "Lenin dejó bien marcada la importancia de la teoría, del elemento consciente, del Partido en tanto que fuerza que dirige el movimiento obrero espontáneo y lo impregna de espíritu revolucionario".

En el marco de la filosofía leninista, es decir, en el marco del materialismo evolucionista esta concepción traduce con profundidad la relación evolutiva de la naturaleza hacia el pensamiento, o sea, desde la materia menos organizada a la materia más organizada. Pero estas nociones del consciente y del inconsciente nos remiten, podemos ver de qué manera, al psicoanálisis y, a partir de ese momento, esta relación del Partido con la clase se sitúa en el campo de la "transferencia".

Habíamos encontrado ya este tipo de relación en el caso del deseo (deseo proletario proyectándose hacia el Partido y hacia el Jefe) y en el caso del saber (el Partido y su Jefe, como poseedor y fuente del saber), y lo volvemos a encontrar conectado con el sentido leninista de la educación. Ciertamente, el psicoanálisis bolchevique no tiene por objetivo, contrariamente a lo que opina R. Luxemburg, "extirpar hasta la raíz el espíritu de obediencia servil". La relación del consciente al inconsciente puede ser, es preciso no olvidarlo, la hipnosis. Encontramos nuevamente la problemática de la formación colectiva.

Exacto es decir que, en efecto, en el leninismo es más utilizado que analizado. Tal como se ha visto, el "punto de vista de la consciencia", tal como ahora se dice, goza de privilegios especiales: que el "inconsciente" obedezca, o al menos que aparente obedecer. La consciencia se constituye en una auténtica fortaleza. Y su definición es simple: "el marxismo". ¿Qué marxismo? Su respuesta es también simple: el marxismo dogmático, un sistema de saber totalizante, cuyo valor de conocimiento es prácticamente nulo, pero que, pese a ello, funciona perfectamente como barrera de rechazo de las posibles "heterodoxias". Y, tal como dice Rosa Luxemburg, "el YO del revolucionario profesional está en situación ya de abandonar a los espejismos de la omnipotencia."

La impotencia del proletariado es, en último término, la base del leninismo.

Digámoslo en una palabra: el proletariado está castrado. El proletariado necesitado, proletariado mendicante de algo que lo tiene que llegar del exterior: del campo burgués. Y este algo es la conciencia científica. La misión del Partido leninista es penetrar en el proletariado armados de la teoría científica del marxismo dogmático.



He aquí que, sorprendentemente, hemos llegado a un punto en el que podemos comprender la importancia de los medios en el leninismo. Dichos medios- el periódico único, el Partido, el Estado como arma, etc. - son a cierto nivel los símbolos inscritos en el esquema que subyace al leninismo. Hecho que no ha escapado a ciertos observadores perspicaces: según el leninismo, se ha dicho, la revolución parece tener necesidad de un fuerte impulso subjetivo que, en cierto modo, forzará la historia.

En la medida en que estas tesis parecerán sacrificadas encontrarán justificación. Tienen el mérito de innovar los debates demasiado repetitivos en torno a la cuestión crucial de la organización. Nos contentamos aquí con proponerlas bajo forma concentrada que corre el riesgo de ser tratado de "pseudo-menchevique" por quienes, perteneciendo a una "institución", no tienen apenas la capacidad de pensar algo nuevo y original y no corren, desde luego, el riesgo de recibir algo desde el exterior.

edita FSR





## NOTAS

- 1- La trama argumental general de los autores tiende a subestimar la importancia técnica del trabajador no directo:  
Existen varios tipos de trabajadores no directos que corresponden a distintas funciones en el seno del proceso de trabajo resultante de la división de trabajo manufacturera.

La denominación que los agrupa es, por tanto, ambigua y exige una distinción posterior.

No es difícil comprender la disparidad de riesgos que competen a un capataz de taller y a un ingeniero destacado en la misma nave.

Son las relaciones sociales de producción las que asignan contenidos externos a su finalidad original a los trabajadores no directos de función técnica (para diferenciarla de la puramente disciplinaria).

Lo correcto sería, pues, comenzar por conectar el nacimiento de la jerarquización manufacturera con el de la división técnica del trabajo, propio de la fase de manufactura que señala históricamente los inicios del modo de producción capitalista.

Identificar, sin más, la figura del trabajador no directo indiscriminadamente con la idea abstracta de jerarquía capitalista es expuesto y equívoco.

- 2- "En Fiat, por ejemplo, han comenzado a surgir ciertas formas de lucha inéditas que se logran, incluso, esquivar la tozuda representación de la patronal que tiende a restablecer los principios clásicos de representación con la asistencia gustosa de las organizaciones tradicionales."

(André Gorz: "Le despotisme d'usine et ses lendemains"  
Les temps modernes. Sep.-Oct. 1.972 )

- 3- Una vez más el falso dilema entre espontaneidad-desorganización/disciplina-organización tan caro a oportunistas de izquierda y a leninistas intransigentes que abrazan una y otra opción respectivamente.

La superación real de esta contradicción que ha llegado a atenuar al movimiento obrero no es nueva. La debemos a R. Luxemburg y a su concepción espontáneamente revolucionaria de las masas obreras: hasta ahora el suyo continúa siendo el único intento teórico de sintetizar el espíritu revolucionario democrático de las masas y la eficiencia (fruto de la coordinación y no de la dirección) que asegura el Partido de la revolución.

En los momentos prerrevolucionarios se impondrá como tarea esencial del Partido la de elaborar la estrategia global a grandes líneas y tratar de entender el modo en que ciertos intereses espontáneos, ciertos intereses inmediatos están inscritos en los intereses de conjunto o la forma en que aquellos se apartan de estos.



- 4- En cierto modo nos hallamos nuevamente ante un enfoque típicamente voluntarista de la empresa revolucionaria.

Con todo, una mala comprensión de la articulación del proceso histórico motiva esta confusión de niveles y de aspectos objetivos y subjetivos en el análisis de una coyuntura, lo que tiene efectos particularmente graves para el Movimiento Obrero.

Para esbozar un esquema de la articulación entre dichos conceptos podemos recurrir a nociones como las de cimientos y edificio (en lenguaje metafórico).

Las contradicciones objetivas que se verifican en la propia infraestructura económica, entre esta y las superestructuras y en las mismas superestructuras, sirven de soporte a la acción consciente de las clases en la medida que con su acción pueden frenar y decelerar o bien acelerar con efectos de duración acaso graves las contradicciones de una formación dada.

- 5- El sentido de la lucha política, ideológica y económica que sos tiene el proletariado no tiene en realidad el carácter de IMPERATIVO CATEGÓRICO E INCONDICIONADO, sino que conviene resaltar su naturaleza ética y moral que deriva de su índole voluntaria.

"El movimiento por el cual un individuo se suma a la lucha de clases en cualquier sentido que lo haga no es relevante desde el punto de vista histórico pero puede ser, sin embargo, significativo en ocasiones.

El motor de la historia no reside en la lucha de clases, como muy bien hace ver Serge Mallet, sino que esta es el reflejo de la contradicción que tiene lugar en la estructura económica (entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción).

Del mismo modo, el menosprecio "objetivista" por la toma de conciencia, si no colectiva si al menos social, es enormemente no civo para la lucha revolucionaria: nadie se ha entregado a la lucha por haber percibido la "contradicción principal" del Modo de Producción Capitalista, etc.

- 6- La concepción althusseriana del marxismo, o más exactamente del materialismo histórico (M.H.) y del materialismo dialéctico (MD) reconstruye todos los ejes teóricos del MH y consigue así transformar los supuestos mismos del MD. Assimilar mecánicamente la visión althusseriana a las ideologías justificativas de las estructuras jerárquicas rígidas imperantes en los partidos leninistas es ignorar su dimensión auténtica.

Por otro lado es el propio Althusser quien en "Práctica teórica y lucha ideológica" exhorta a la intervención de todos los militantes en la confección de los análisis teóricos del Partido y apremiándolos a dejar de ser meros activistas.

En este sentido su concepción misma de la práctica teórica y de la lucha ideológica no es demagógicamente igualitarista, pero si es fervientemente democrática. No obstante su visión del problema no era compartida por ciertas jerarquías del P.C.F., hecho que, probablemente precipitó su salida de dicho partido que aferrado a los esquemas leninistas ha constituido sobre ellos una práctica revisionista y parlamentarista al igual que gran parte de sus homólogos.

La visión althusseriana es consecuente, la política de los P.C. "oficiales" no lo es, y su situación es solo comparable, en cuanto a incongruencia, a la de la Social Democracia alemana de pre guerra.